

# TURRIS EBURNEA



Jorge  
Enrique  
Guier

Vas insigne devotiois, Domus aurea, Janua coeli, Foederis arca, Turris Davidica, Turris eburnea, etc., bien pueden ser —como en realidad lo son— las letanias a Nuestra Señora, pero también tales alabanzas y definiciones sencillas y escuetas, pueden aplicarse a la concepción de un cierto tipo de Universidad, el cual ha conservado el último apelativo, el de Torre de Marfil. Esta definición, los adictos a otra concepción de universidad lo llaman, sin muy claras ideas al respecto, concepto aristocratizante. Tiene inmensas ventajas pero crea —como el contacto con el plomo el azuloso saturnismo— una enfermedad muy grave que se llama turrieburnismo.

Del otro lado, y de creación reciente, hay otro concepto de universidad, o sea el de una función social proyectada a la comunidad, como suelen ahora algunos decir. Los de la torre de marfil bien podrían llamar a éstos folletinescos, demagogos, o simplemente raseros, porque se pasan la vida a ras del suelo. Este tipo equivocado de Universidad está propiciado por una canastada —aquí en nuestro país— de mocosuelos bien atrincherados en una clase media acomodada, gozando de todas sus ventajas comiendo y bebiendo bien, durmiendo ca-

liente y trabajando al mínimo, pero gritando estentóreamente a los cuatro vientos una revolución que no entienden, llamando a una lucha de clases que no saben ni se imaginan qué puede ser, pero, que si oyeran un tiro en una montaña, harían un lío con sus libros de filosofía, sociología, artes y algunas ciencias, y se refugiarían presto bajo las enaguas de la mama y el bolsillo del tata. La preocupación por la revolución, en muchísimos casos, podría resolverse en una oposición al padre, digna de ser tomada en cuenta por los psicólogos, y si la cosa fuera más grave, pues por los psiquiatras, o al fin de cuentas, por los loqueros.

El problema del turrieburnismo es también muy grave. Primero que todo, vivir en la transparencia translúcida de la pureza del marfil debe ser tremendamente aburrido, sobre todo si quien vive en las alturas de una torre, respirando un enrarecido oxígeno, se olvida de un hecho muy simple, que la vida, con toda su fuerza creativa y avasalladora, como se contempla en la historia y dentro de nosotros mismos, no es nunca, ni lo puede ser, el comentario de textos o la pura contemplación. Vivir tan alto en una torre marfileña, puede con frecuencia producir el vértigo y el costalazo que produce una caída es casi siempre irreparable. Otro problema es que vivir en las alturas puras del marfil onírico, va formando una separación con nuestros semejantes —aunque muchos no valen ni la pena de ser semejante de ellos—, y vaciándose el torremarfileño de humanidad y sentido de vida, pierde su propia vida, cuando no la compara con la de otros, y cae en una sequedad de alma pro-

ducto de su excesivo orgullo y su pecaminoso onanismo intelectual, comparable sólo a la deshidratación que deben sufrir los piojos en una peluca.

Si ambos tipos de Universidad producen sus males, cuál será la solución? Como en todo lo humano no hay nada perfecto, pero hay unas cosas peores que las otras. Y en este punto, entraría lo subjetivo para escoger. A mí, en lo particular, me suena a charlatanería eso de Universidad con función social pero, también, el turrieburnismo puro en nuestra época ya no se justifica del todo. Cada época histórica crea sus propias instituciones acomodadas perfectamente a su situación, que puede heredar y traspasar a otras épocas, sufriendo inevitables cambios pero conservando su esencia. La Universidad nació en el Medioevo —pese a quien le pese— como una torre de marfil, y mientras sea Universidad debe tener esa característica, aunque transformada, de allí que cambiarla en esencia sea hacer otra cosa, para la cual debe buscarse otro nombre, que el de Universidad ya no le calzaria. El problema más grave es el de revolver a la Universidad en cuestiones que no le atañen, pues eso queda reservado a profesores y alumnos como seres humanos individuales, lejos de cualquier turrieburnismo, pero es imperdonable —porque es pecado contra el Espíritu— que algunos pretendan usar a la Universidad para sus propios intereses pequeños, políticos y raseros, olvidándose profesores y alumnos de la función esencial e invariable de la Universidad desde que fue creada: enseñar y aprender, que el resto vendrá por añadidura y fuera de ella.